

sobre los *Claros varones de la Liguria*, impreso en Roma en 1573, se verificó después de publicado *L'Inferno* (1308), en el cual ataca Dante duramente (y no sin justicia) al poderoso Branca Doria, al cual encuentra en el infierno, aunque todavía no había muerto. El poeta finge que el alma de Doria estaba en el infierno, y que en su cuerpo, aún vivo en el mundo, había introducido un demonio para reemplazarle:

«Che questi (Doria) lasciò un diavolo in sua vece  
nel corpo suo, e d'un suo prossimano,  
che'l tradimento insieme con lui fece.»

Cualquiera que haya sido la verdadera forma de este tradicional episodio, lo indudable es que el Dante ataca con su genial violencia á Doria y á los genoveses, y que es tan vivo el encono que á éstos profesa que desea nada menos que verlos desaparecer de la tierra:

«Ahi Genovesi, uomini diversi  
d'ogni costume, e pien d'ogni magagna,  
¿perchè non siete voi del mondo spersi?»

(*Inferno*, canto xxxi.)

Creemos que se nos dispensará fácilmente esta breve digresión. Es tan fascinadora la gloria del Dante, son tan resplandecientes su autoridad y su prestigio, que no nos es dable admitir, impasibles, sin protesta alguna, el terrible estigma con que intenta el poeta florentino vilipendiar el nombre del preclaro Monarca. La cruda ingenuidad con que Bocaccio trata la memoria del Dante en punto á incontinencia (admirando, por otra parte, sus maravillosas prendas), no llega ni con mucho al punzante desdén con que el Dante habla de Alfonso X, en

quien no descubre más que lascivia y molicie. Si la acusación de Bocaccio en desdoro del Dante mortifica grandemente al docto Bergmann, ¿cuán triste impresión no ha de producir en nuestro ánimo el apasionado é injusto agravio hecho por todo un Dante, en una obra inmortal, al sabio Alfonso, verdadera gloria de la patria y de la monarquía?

Todos estos recuerdos no quitan al Dante su grandeza. El arrepentimiento y la ulterior austeridad lavan las manchas de la debilidad humana. También Alfonso X, así como el amante ideal de Beatriz, declara en las *Cantigas* el arrepentimiento de sus mundanos extravíos.

Desde muy antiguo la opinión europea desagavió la memoria del Rey Sabio del infundado menoscabo del Dante, que no levanta el glorioso nombre de Alfonso X á más alto nivel que el de Venceslao II, rey de Bohemia y de Polonia, que por falta de marcial esfuerzo cedió al emperador Rodolfo el Austria y la Estiria, y á quien la historia acusa de crueldad y de tiranía (1).

Sin embargo, todavía en el siglo pasado, á pesar del copioso caudal de irrecusables testimonios que en favor de D. Alfonso el Sabio ofrece en las *Memorias históricas* el Marqués de Mondéjar, notables escritores continúan la antigua rutina de hablar con poco respeto del Monarca eminente que fué historiador, astrónomo, legislador, poeta y valiente caudillo. Hasta el grave y sesudo

(1) Es el héroe de la tragedia *Venceslas*, la obra maestra de Rotrou, que causaba admiración al severo La Harpe; imitación de la comedia de Rojas *No hay ser padre siendo Rey*. Con rigor excesivo calificó esta comedia de *absurda* el ilustre académico D. Eugenio de Ochoa. De ella sacó el famoso predecesor de Corneille las más conmovedoras escenas de su tragedia.

D. Juan de Iriarte cae en la pueril tentación de emplear contra él las armas de la burla epigramática, como así mismo lo hizo el Padre Isla en su pobre resumen poético de la historia de España (1).

La grandeza de la figura del rey Alfonso triunfa por sí sola de ataques trascendentales y de burlas mezquinas. Las *Cantigas* son para él un padrón de gloria, donde asoma á cada paso el reflejo de su noble carácter y de la elevación de su alma.

El mencionado comentador Landino, al agravar con una acusación concreta la vaga censura del Dante, muestra hasta donde puede llegar la avilantez de la ignorancia. Dice que el Rey, elegido Emperador, no alcanzó la cesárea corona por cobardía y abandono (*viltà e mollitia*). ¡Qué liviana afirmación! ¡Qué injusto olvido de los testimonios históricos! Cabalmente, para sostener su derecho al Imperio, desplegó el Rey castellano una resolución y una perseverancia que en grado igual no había manifestado en ninguna otra empresa. Sus controversias con la corte pontificia; sus continuos mensajes á Italia y Alemania, encaminados á mantener viva la adhesión de los que le habían elegido para la púrpura imperial; las exorbitantes pensiones que otorgaba á sus partidarios y confederados para granjearse su vo-

(1)

«Un Rey Sabio contradice,  
oh gran Platón, tu sentencia;  
pues, á pesar de su ciencia,  
hizo á su pueblo infelice.»

(D. Juan de Iriarte: *Obras sueltas*, epigr. CLXXXII.)

Juzgando la historia de Alfonso X con severa imparcialidad y sin preven- ciones rutinarias, bien puede imaginarse que más infortunio acarreo la na- ción al Rey que el Rey á la nación.

luntad y auxilio en el asunto del Imperio (1); su envío á Roma de cuatro embajadores (1263) y de otros cuatro más adelante al Concilio general de León de Francia (1274), para sostener en forma solemne su derecho; los socorros de gente armada que, previo el consentimiento de las Cortes á este fin convocadas en Burgos, envió en 1275 á los príncipes y repúblicas que seguían su partido en Italia (2); y, por último, su desacertado viaje á Belcaire para celebrar vistas con su enérgico adversario, el papa Gregorio X, de quien tras porfiadas conferencias no pudo recabar cosa alguna (3), prueban sobradamente

(1) Asignó 10.000 libras tornesas al Duque de Lorena y de Brabante, y otro tanto al Duque de Borgoña, al Conde de Flandes y á los Vizcondes de Bearne y de Limoges. Su liberalidad y magnificencia para con los extranjeros hace decir á Jerónimo Zurita: «El Rey Alfonso expendía sus tesoros y rentas con grandes príncipes y señores que le fueron aliados y confederados.»

(2) Menciónanse estas Cortes, «sobre el fecho de embiar cavalleros al Imperio de Roma», en un privilegio de D. Alfonso el Sabio publicado por Pedro Fernández del Pulgar en su *Historia de Palencia*.

El socorro militar, que constaba de trescientos jinetes y novecientos infantes, desembarcó en Génova, y pasando el Po, se acuarteló en Pavia. Esta muestra de entereza de parte del Monarca de Castilla alentó grandemente á sus parciales, pero causó tal enojo á Gregorio X que acabó por excomulgar al poderoso Marqués de Monferrato, yerno del rey Alfonso, y á las repúblicas de Génova y Pavia.

(3) Dice Jerónimo Zurita:

«En Belcaire estuvo el Rey de Castilla todo el verano y parte del estío. Como no pudo tomar buena conclusión en el hecho del Imperio, propuso ante el Papa algunas otras pretensiones. Era la principal pedir el Ducado de Suevia.... Pero no se hizo en ninguna de estas demandas cosa que pidiese, y húbose de volver muy descontento.»

«Finalmente, mal enojado se partió de Francia», dice Mariana. Declarado era el desafecto que desde su exaltación manifestó Gregorio X á D. Alfonso.» (Mondéjar.)

la sinrazón del comentador italiano. Lejos de manifestar desmayo y flaqueza en la empresa del Imperio, en que juzgaba empeñados su dignidad y su derecho, el Rey Sabio lleva hasta la vehemencia su afanoso conato de colocar en sus augustas sienes la cesárea corona. Si de algo puede tachársele, no es por cierto de laxitud y de apatía, sino de arranque y de imprudencia. Testimonio son de ello la concordia celebrada en Segovia, el año de 1258, con los procuradores de su primo hermano Enrique III, duque de Brabante, en la cual promete pagar todos los gastos de la guerra que había de hacerse á su competidor Ricardo, conde de Cornualla, hermano del Rey de Inglaterra. El tono arrogante que emplea denota ánimo firme y brioso para llevar á cabo una empresa que hicieron imposible las turbulencias y guerras de la península española (1) y la oposición constante de la Sede Apostólica.

Irreflexiva temeridad fué igualmente enviar á Italia, después de la muerte de Ricardo, gente de guerra española en favor de los gibelinos, perseverantes partidarios de los emperadores de la Casa de Suevia, vigorosos rivales del poder pontificio, á pesar de que los güelfos de Florencia, defensores de la Iglesia, volvieron los ojos al Rey de Castilla, ofreciéndole apoyar su causa, y rogándole, por medio de una embajada de que formaba

(1) He aquí las palabras del Rey:

«Si el mismo Duque (de Lorena y Brabante) hiciese gastos en oponerse y hacer guerra al Conde Ricardo....., además de las sobredichas diez mil libras tornesas le pagaremos enteramente los gastos que hiciere, según conviene á nuestra majestad..... No desistiremos en nuestra vida del derecho y prosecución del Imperio.» (Mondéjar: *Memorias históricas*, etc., etc., libro III.)

parte el famoso sabio enciclopédico Brunetto Latini, que fuese á Italia con sus soldados «á abatir la soberbia del rey Manfredo (de Nápoles y de Sicilia)» (1).

Descaminado anduvo verosimilmente el rey Alfonso al declararse por la parcialidad gibelina, enviando socorros militares contra Martín Turriano, partidario de la Iglesia. Acaso este acto impremeditado, que, según la cuerda observación del Marqués de Mondéjar, «le hizo sospechoso al pontífice Alejandro IV, que entonces gobernaba la Iglesia», fué una de las verdaderas causas de los insuperables obstáculos que de allí en adelante suscitó sin tregua la Santa Sede á la exaltación del Monarca castellano al trono germánico.

Era grave tacha en Alfonso la causa misma que había motivado su elección, esto es, el mantenerse en él por su madre doña Beatriz, hija mayor de Felipe, duque de Suevia y emperador de Alemania «la sangre inmediata y la representación de la Casa de Suevia, con el derecho constante á los Estados que poseía en Alemania» (2). La Sede pontificia miraba con recelo y hasta con aversión á la Casa de Suevia, la cual, desde el advenimiento al Imperio de Federico I (Barbarroja), no había cesado de mostrarse inobediente á la Sede apostólica, y de causar hondos disturbios á la Iglesia y á la Italia entera, atacando la jurisdicción espiritual y los dominios temporales de los Pontífices Romanos. Para desvanecer las arraigadas y fundadísimas prevenciones de Roma, habría sido indispensable una conducta menos impaciente y arriesgada que la seguida por el Rey de Castilla. Alu-

(1) J. Villani: *Istorie Fiorentine*.

(2) Mondéjar: *Memorias históricas*, lib. III.

cinado éste por la fuerza de su derecho y por la grandeza de sus ambiciosas y nobles miras, olvidó que todavía reinaba en el mundo europeo una potestad reguladora de los derechos de los pueblos y de los reyes, y que no había entonces fuerza humana que pudiese sustraerse á los fallos del Pontificado, árbitro supremo de los intereses morales de la cristiandad.

Alfonso el Sabio fué vencido al cabo en su obstinada pretensión. Solamente dos años después de haber sido elegido *Rey de romanos* Rodolfo, conde de Habsburg, renunciaba el Rey castellano á usar del título y de los sellos imperiales, cediendo á las instancias y amenazas canónicas del austero Gregorio X, que, para decidir á Alfonso, invocaba su propio ejemplo, recordando las grandes conveniencias que había sacrificado y los grandes trabajos que había pasado por dar al orbe pacífico estado.

Pero de esta obediencia laboriosa y tardía á la previsora política del Jefe supremo de la Iglesia, al amilamiento y mengua que suponen los detractores del rey Alfonso, hay inmensa distancia. Diez y ocho años duraron las activas pretensiones del Monarca, y sólo un alma de recio y alto temple era capaz de sostener en aquel tiempo tan porfiada y estéril pugna con cuatro Pontífices Romanos (1).

(1) Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV, Gregorio X.

Así explica el hecho el docto Marqués de Mondéjar:

«Los escritores de Italia ofrecen diversas noticias de que persistió siempre en solicitar confirmasen los Pontífices su elección de *Rey de romanos*, por espacio de diez y ocho años, desde el de 1257, en que fué electo, hasta el de 1275, que á instancias y censuras de Gregorio X, no sólo se abstuvo de aquella pretensión, sino dejó de poner en sus títulos el de *electo Rey de romanos*, que había mantenido hasta entonces, desengañado de no poder

No asoma en las *Cantigas* rastro alguno de esta amarga historia, eludida asimismo en la *Crónica del Rey*. Pero en las alusiones relativas al trascendental interés, español y cristiano, de la guerra con la morisma, se ve siempre en Alfonso el monarca de grande aliento y de encumbrado espíritu.

*Ánimo franco y sincero.*—El carácter noble, franco y abierto de Alfonso X se muestra asimismo bien á las claras en las *Cantigas*, cuando encarece su acrisolada y ferviente devoción á la Santa Virgen. Lejos de presentarse con infulas de impecable y de santo, da á entender sin rebozo sus desvarios pasados. Parece que se halla en un período de arrepentimiento y de moral cordura, y no contento con declararse caballerescamente trovador de Santa María, piensa ganar para su conciencia,

lograr su intento por el invariable dictamen que mantuvieron todos (los Pontífices) de apartarle de ella, por conservarse en él la sangre y los derechos de la Casa de Suevia, aborrecida tanto de la Sede Apostólica por su inobediencia á ella.» (Mondéjar: *Memorias históricas de Alfonso el Sabio*, libro III, cap. IX.)

En cuanto á la poco prudente entrevista de Alfonso con el Papa en Belcaire, los historiadores españoles (Zurita, Mariana, etc.) no disculpan la desabrida y hostil actitud del Pontífice. Mondéjar la censura con enérgicas frases: «Salió de Francia D. Alonso con el justo sentimiento que corresponde á la sinrazón con que había atropellado su justicia el Pontífice, y continuó en llamarse *electo Rey de romanos*, usando como hasta entonces el sello y armas Imperiales.» (*Memorias históricas.*)

Disgustado de ello el Pontífice, escribió al Arzobispo de Sevilla, D. Ramón de Losana, que amonestase al Rey y procurase reducirle á que desistiese de aquel empeño, contrario al pacífico estado en que él procuraba mantener al orbe cristiano. Al fin del Breve, con tono amenazador, dice el Papa: «De otra manera, ni podremos, como ni tampoco deberemos, dejar de oponernos á ello con aquellos remedios que pide la calidad del hecho.»

en la adoración poética de la Madre de Dios, lo que perdió en el profano culto de las demás mujeres:

«Querrei-me leixar de trobar des i  
por outra dona; e cuid'a cobrar  
per esta quant en as outras perdi». (1)

(Prólogo de las *Cantigas*.)

Se siente acaso tan mortificado por el recuerdo de sus antiguas culpas de amor, que en la segunda *Cantiga de loor*, esto es, en campo lírico, más propio para las expansiones del ánimo, no se limita á expresar los sanos propósitos de su devoción apasionada, sino que se confiesa delincuente, y con frase desenfadada é iracunda condena, *dándolos al diablo*, sus antiguos amores:

«.....dos erros nos faz repentir  
que nós fazemos come pecadores.  
.....  
se eu per ren poss'auer seu amor,  
dou ao demo os outros amores.»

(Cantiga x.)

Aunque orgulloso, en el noble sentido que puede darse á esta palabra con relación á las cosas grandes, era Alfonso llano y modesto en las cosas comunes de la vida, y no juzgaba amenguado su elevado carácter refiriendo

(1) Aunque no con el mismo espíritu de arrepentimiento, ya el trovero Gautier de Coincy había dicho una cosa semejante en una de sus canciones á la Virgen, escrita en endecasílabos:

«Je ne weill mes chanter se deli nom:  
d'autre dame ne d'autre damoisele  
ne ferai mes, se dieu plest, dit ne son.»

con lisura é ingenuidad ciertos hechos que podían parecer deslucidos para su autoridad soberana. En sus piadosos cantares hay algunos ejemplos. He aquí uno de ellos:

Muy pagado el Rey de la habilidad singular del pintor Pedro Lorenzo, toma empeño en recompensar su mérito artístico concediéndole la mitad de una escribanía en Villa-Real, que había solicitado y era el blanco de todos sus deseos. Pero ¡oh desdicha! no atienden en las oficinas ni respetan bastante la voluntad del Soberano. Confiesa humildemente el rey Alfonso que ni sus órdenes, ni sus amenazas, ni su ira, logran alcanzar que se ponga en posesión al insigne artista de la merced otorgada. El Guarda-sellos, que desea favorecer á un amigo suyo, dilata indefinidamente el despacho de la Carta Real de la concesión. El Rey expresa llanamente la desairada situación en que le coloca en este asunto la premeditada inercia de las oficinas:

«Sobr' esto muitas uegadas  
mandó el Rey que ll'a dessén  
e que por nulla maneyra  
de dar non ll'a deteuessen,  
e se non, que a sa ira  
auerian se fezessen,  
contra esto; mais aqueles  
alongauan cada dia.»

Ante estas rémoras oficinescas (que parecen achaque tradicional en España), ocurre á Pedro Lorenzo pedir en fervorosas plegarias á Santa María del Puerto la merced que no podía obtener, á pesar del empeño y buena voluntad del Monarca. La influencia sobrenatural de la Virgen allana todos los obstáculos, y la ansiada Carta Real es despachada sin tardanza.